

EN ESTOS MOMENTOS NUESTRO DINERO PUEDE ESTAR EN EL LUGAR EQUIVOCADO: EL FILÓSOFO Y LO MÍSTICO

Espíritus convulsivos, fanáticos de lo improbable, descoyuntados entre el dogma y la aporía, estamos tan dispuestos a saltar hacia Dios *por rabia*, como seguros de no vegetar en él.
E.M. Cioran

¿Es lo místico un problema filosófico o no? La manera como debemos abordar esta pregunta es ya un problema. Podríamos (de hecho muchos lo hacen) empezar por una definición. Por ejemplo: 'místico' es un predicado atribuible a aquello que rebasa nuestra capacidad de expresión, es decir, a 'lo inefable'; ahora bien, lo inefable está fuera del ámbito de lo lógico-racional y la filosofía trabaja únicamente dentro de estos límites (los lógico-racionales). Luego, lo místico no es un problema filosófico. Sencillo ¿no? Sin embargo, y al margen de cualquier otra objeción, yo creo que, al menos para la cuestión que nos ocupa, empezar la argumentación con la definición de un concepto no es aceptable pues presupone por lo menos dos cosas que no están claras: primero, que efectivamente hay algo que podemos llamar 'místico' y, segundo, que nosotros sabemos qué es eso que subsumimos bajo ese concepto (pues lo podemos definir).

Propongo que empecemos la investigación de una manera ligeramente distinta. No hablemos de 'lo místico' sino más bien de aquellas situaciones, acciones o experiencias mediante las cuales, supuestamente, una serie de individuos han entrado en relación íntima con 'lo místico' (sea lo que sea esto y sin importar el tipo de relación que se establezca); llamémoslas **experiencias místicas**, no porque efectivamente lo sean sino porque se pretende que nos dan acceso a algo que podemos llamar 'místico'. Algunos ejemplos de ellas serían: los éxtasis de Santa Teresa de Jesús, las celebraciones dionisiacas de la antigua Grecia, los ritos sagrados de los aborígenes americanos, etc. Supongamos, no sólo por principio de caridad sino en gracia de la discusión, que los individuos que han asegurado tener estas experiencias han dicho la verdad —esto, nótese, no implica suponer que en realidad hay algo místico tras esas experiencias, sino sólo que quienes las vivieron creyeron sinceramente en ellas—; podemos entonces, enunciar las características generales que comparten todas estas situaciones:

1. Sensación de acceso a la verdad que se esconde tras el mundo de las apariencias: comunión absoluta entre el individuo y la divinidad (o entre aquel y el cosmos, o el ser-en-sí, o lo uno-primordial)¹ o, según algunos, unidad absoluta entre sujeto y objeto en una relación supra-cognoscitiva.

2. Importancia del rito, de las formalidades, del 'protocolo': el cuerpo y el alma del individuo deben estar en cierta disposición determinada, se deben recitar ciertas 'fórmulas mágicas'(oraciones), en algunos casos se ingieren sustancias alucinógenas naturales (enteógenos²: sustancias para entrar en comunicación con la[s] divinidad[es]), son tradicionales los ayunos previos, la penitencia, el debilitamiento del cuerpo, etc.



YECID
MUÑOZ
Universidad
Nacional

¹ Basta recordar a Santa Teresa narrando sus éxtasis: "vomo si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, o lo que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida, se hace todo una luz.

Quizá es esto lo que dice San Pablo: *El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con Él*, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad al alma por unión". (Santa Teresa, *El libro de las moradas*, VII)

² Cf. Wasson, R.G. y otros. *El camino a Eléusis*, FCE.



³ Obviamente, mientras se trate de una situación ritual: el ritual refuerza la fe, 'objetiviza' la creencia.

⁴ Esto no descarta la posibilidad de que la postulación de tales situaciones como experiencias místicas tenga orígenes mucho más mezquinos: la justificación de nuestros vicios y pasiones más vulgares o, peor, la pretensión de que tales vicios y pasiones tienen en los 'intelectuales' un fundamento más alto y loable que el que tienen en el común de la gente. No hay tal, en punto a esto todos somos igualmente bajos y vulgares.

3. Inefabilidad: las palabras no son suficientes para describir lo que se experimenta, hay que recurrir a la metáfora, el símil y toda una suerte de artilugios poéticos para aproximar un poco la narración a la fuerza de lo sentido.

4. Fe: creencia total, radical y sincera no sólo en lo que se vive en ese momento sino en aquello que lo produjo: los ritos, la religión, lo divino.

Lo que quiero resaltar es que una experiencia mística es una experiencia de orden esencialmente religioso en el siguiente sentido: es el resultado más explosivo y sublime de un conjunto de creencias, ritos y sentimientos que 'encarnan' en un individuo capaz de la más inconcebible fe, en un creyente tan sincero y obstinado como para identificarse (hacerse uno) con el objeto de sus creencias. El místico cree irrevocablemente en lo que sea que le 'muestre' la experiencia mística, y es precisamente la vehemencia de su fe la que hace de la situación que esté viviendo, sea cual sea ella³, una experiencia mística.

Ahora bien, ¿cuáles serían los problemas filosóficos que podrían suscitar este tipo de situaciones? Evidentemente, tendrían que ser problemas que giraran en torno a preguntas de este tipo: ¿qué es lo que la experiencia mística muestra? ¿Acaso es la verdad (el ser-en-sí) de las cosas? ¿O será simplemente una alucinación producto de una mente enferma y débil? ¿Acaso es la respuesta a la pregunta por la finalidad de la existencia? ¿no será, quizás, una más de nuestras múltiples ficciones? En últimas, la pregunta sería ¿*existe* algo que se pueda llamar místico? Si la respuesta es sí, entonces ¿qué es lo místico? ¿Es un estado del individuo, un hecho o una cosa? Y ¿cuál es su *status* epistemológico? ¿La relación que establecemos con él es de tipo cognoscitivo o de algún otro tipo? Si lo segundo, ¿qué tipo de relación es? Estoy seguro de que cualquier intento de responder certeramente tales preguntas exige la vivencia personal de una experiencia mística. En efecto, se me puede narrar paso a paso una experiencia de ese tipo, puede explicármese cada movimiento, cada sensación, cada parte del rito, puedo incluso llegar a entender el significado de tal vivencia, pero aun así ¿podré responder a mi consciencia y a los demás, con total sinceridad, que lo místico *existe* que consiste, por ejemplo, en una comunión absoluta entre un sujeto y un objeto —comunión en la que el límite que impone el concepto 'relación' ha sido borrado— sin haber tenido una experiencia mística? Yo no lo creo; a lo sumo podría querer responder de ese modo, ignorando todas las dudas que tal idea me produce o bien podría decir que, desde mi perspectiva, tal creencia es completamente ilógica y es el producto de una mente trastornada. En efecto, si quisiera decir qué es lo místico o cualquier otra cosa acerca de ello, sin haber tenido una experiencia tal, solamente estaría divagando, haciendo afirmaciones acerca de lo que no conozco -afirmaciones que no puedo probar-, deducciones que, por lógicamente válidas que sean, no tienen porqué ajustarse a lo que realmente sea lo místico. Pero, como ya se ha visto, la condición necesaria más importante para acceder a una experiencia tal es la fe, la más absoluta e inquebrantable fe, la creencia sincera en la verdad de lo que se está experimentando... ¿cómo demonios —me pregunto— podrá una persona tener una experiencia mística si en su mente carga con todas las preguntas habidas y por haber? ¿Cómo conservar la certeza de que la experiencia mística es un acceso a algo así como una 'verdad divina' si ni siquiera tenemos la certeza de que lo místico sea algo? Para el místico lo místico no constituye un problema sino una certeza; el filósofo (o



quien intente abordar el tema de lo místico filosóficamente) podrá considerar el tema en cuestión como genuinamente filosófico si así lo quiere, pero debe estar consciente de que lo que diga acerca de lo místico carecerá de fundamento sólido y no podrá sostener con ningún argumento la validez de su posición (ni siquiera la posibilidad de ella). Podría objetárseme que lo místico se puede delimitar desde fuera, que sabemos que lo místico es lo que está más allá de la lógica y del lenguaje, que se 'muestra' a través de las paradojas y la incompletitud inherentes a todo sistema formal, o mediante aquellas preguntas metafísicas eternamente irresolubles. Yo, por mi parte, responderé que, en efecto, conocemos las limitaciones internas de la lógica y el lenguaje, pero lo que haya más allá de esas fronteras, lo que sea que se nos esté 'mostrando', puede ser cualquier cosa; puede ser lo místico tanto como puede ser la nada, la inconmensurabilidad entre lo existente y el lenguaje o la imposibilidad de imponerle un orden racional al caos de la existencia, o, en fin, lo que tenga a bien ocurrírse nos. Dicho coloquialmente en jerga lógica: de una contradicción se sigue cualquier proposición.

Todo lo anterior da pie para explicar porqué hay tanta confusión en lo que respecta a la identificación de experiencias místicas: los estados producidos por un gol espectacular en un importante partido de fútbol, el efecto de una sustancia narcótica o de una bebida alcohólica, todas estas serían experiencias místicas porque producen sentimientos o sensaciones tan fuertes que resultan inefables. Si seguimos por ese mismo camino, el aroma de una vela adquirida en la tienda esotérica 'El pitagórico feliz' o cualquier situación todavía más banal constituirían experiencias místicas. Pero no hay tal; aunque lo místico, supuesto el caso de que fuera algo, sea esencialmente inefable, no todo lo inefable debe considerarse místico. Innumerables son las situaciones en las que sentimos cosas que no acertamos a expresar proposicionalmente y que, sin embargo, nunca nos atreveríamos a llamar 'místicas'. Lo que sucede es que, saturados de lógica, razón y ciencia hasta la médula, escépticos por herencia, incrédulos por experiencia, nosotros, occidentales de una era sumida en la vacuidad, desesperados por resolver los enigmas que veintitantos siglos de filosofía no han logrado responder, incapaces de creer sin dudar, buscamos una certeza, una experiencia que rompa los barrotes de la racionalidad, un escape a nuestra condición de seres pensantes⁴. Creyentes no por convicción sino por desesperación, prostituimos la experiencia mística, la hacemos fácil y corriente, accesible a *cualquier* postor; pero (afortunada o desafortunadamente) nos faltan la inocencia de la fe y el respeto por la solemnidad del culto, cosas que les sobaban a quienes seguían ciegamente una religión o una divinidad, aquellos seres capaces de violentar su propio cuerpo para alcanzar estados extáticos. Proxenas de la experiencia mística, no somos lo suficientemente estúpidos (o lo suficientemente inocentes) como para creer sinceramente en las parodias que nos inventamos para reemplazar el mundo del misticismo, ámbito que está y estará vedado para nosotros por siempre y cuyas preguntas jamás podremos resolver.